

LAS TORRES Y LA LITERATURA

En el campo de los aconteceres y de los comportamientos literarios hay una metáfora que descubre siempre cierto componente de egoísmo y de mezquindad. Es esa de la “torre de marfil”, aplicable a todo aquel escritor que, rehuendo los problemas que acucian a su país, a su sociedad y a su tiempo, se consagra por entero a las exquisiteces de un artepurismo exento de complicaciones y de riesgos.

En Vizcaya yo conozco dos torres, precisamente literarias. Una data de la Edad Media; la otra es de construcción reciente. Pero, a decir verdad, a ninguna de las dos le cuadra el despectivo adjetivo marfileño.

En la primera de estas dos torres; la de Muñatones, escribió Lope García de Salazar su famoso *Libro de las buenas andanzas e fortunas*. Es sabido que el anciano banderizo de Somorrostro fue encerrado en la torre por su propio hijo —¡para que nos quejemos del comportamiento filial de nuestros días!—. Y por cierto que fue la obra engendrada en aquella lúgubre prisión la que le haría célebre. Obra vasta, que constaba de veinticinco libros, de los que la primera docena trataba de historia antigua; los ocho siguientes, de historia de España; algún otro estaba dedicado al estudio de los linajes nobles del litoral cantábrico, y los restantes se referían a las guerras de banderías. Al parecer, los seis últimos libros eran los que realmente tenían interés para el País. Pero hubieron de transcurrir cuatro largos siglos hasta que, en 1884, un editor de Madrid llamado Gabriel Sánchez procediera a su publicación, anteponiendo al texto una biografía del autor debida a la pluma de otro encartado ilustre: don Antonio de Trueba.

Yo conocí la torre de Muñatones hace algunos años y confieso que me causó una impresión casi sobrecogedora. Puede que influyere también la mañana que me tocó verla, una mañana fosca y oscura. Huelga decir que no se trata de uno de esos castillos aparatosos, y por otra parte admirables, que se ven por ahí, en España, en Francia y en diversas naciones de Europa. Es un castillo dentro de otro castillo, por así decir. Un castillo ruinoso, sombrío, al que ya Carmelo Echegaray calificó en su tiempo de “terrible”. Una torre

medieval sobria, dura, dramática, testimonio de mil contiendas de banderizos —la historia ha dicho que el valle en el que se halla emplazada se vio más enrojecido por la sangre vertida que por los filones de mineral que lo enriquecían—. Una torre negra, misteriosa, surgida en el Medioevo vasco. Una torre que podría servir de marco para mil leyendas tenebrosas...

La otra torre a la que he aludido está situada en Algorta. Esta no ofrece la imagen siniestra de la de Muñatones. Al contrario. Si aquella está *muerta* y sirve sólo como un vestigio histórico de viejos rencores y hostilidades, la de Algorta se yergue en un paraje risueño, más propicio para sugerir ideas optimistas que para ahondarnos en las turbulencias trágicas del pasado.

Esta torre, cuya escalera de caracol aparece ya enlucida de libros, da acceso a un estudio recoleto, en el que su ocupante, el escritor Elías Amézaga, se viene encerrando día tras día y desde hace años, para llevar a cabo esa ingente obra que ya a estas alturas de su vida le confiere un importante currículum literario.

Pero Elías Amézaga nunca se ha recluso “del todo” en su torre. Elías Amézaga nunca ha convertido su torre en un talayote marfileño, sino más bien en una especie de refugio solitario, en el que paradójicamente descansa trabajando.

A decir verdad, no es fácil explicarse de dónde saca el escritor vizcaino el tiempo y la energía necesarios para emplearlos, al margen de su trabajo profesional —vocacional, diría más bien—, en infinidad de ocupaciones accesorias. Porque, si su obra es, como se ha indicado, considerable, hay que señalar también que muy pocos escritores pueden atender al cúmulo de actividades a que se entrega nuestro amigo, lo mismo si se trata de participar en movimientos de diverso signo —en favor de la cultura, en contra de las tradiciones, en apoyo de los derechos humanos, etcétera—, que de organizar homenajes a compañeros de letras, viejos o jóvenes...

* * *

Elías Amézaga protestaba de que Azaola y Jon Bilbao le calificaran de bibliógrafo. Me temo que también incurriré en su desaprobación si le incluyo entre los polígrafos, pero qué le vamos a hacer. Por supuesto que se trata de un escritor de conceptos y maneras estilísticas que nada tienen que ver con las que caracterizaban a aquellos graves patricios que en los comienzos del siglo monopolizaron el adjetivo hasta comunicarle un aire peculiar poco acorde con el estrictamente semántico. Quiero decir que Amézaga ha tocado todos los instrumentos de la orquesta literaria. Ha cultivado el género narrativo, el teatro, el ensayo, la biografía, la crítica, la historia, etcétera. Y por sí fuera poco, ha ejercido el periodismo, destacando sus colaboraciones en el diario “Deia” y en la revista “Euzkadi”, que son un modelo de cómo materias tan dispares como puedan serlo la política, la historia o el simple comentario literario, pueden adquirir rango y prestigio cuando son tratadas por un auténtico escritor.

En un momento de su carrera, Amézaga se sintió fuertemente atraído por el tema de la Inquisición, que trató exhaustivamente en sus libros *Auto de fe en Valladolid* y *Guía del perfecto inquisidor*, y que son índice de su profundo conocimiento en la materia. Porque una cosa que hay que señalar es que Elías Amézaga es un erudito en muchas y muy variadas disciplinas, si bien su instinto literario *disimula*, por así decirlo, la tal erudición, aplicando un tratamiento muy suyo consistente en huir de rigideces académicas, al tiempo que utiliza una grafía muy peculiar en la que, por ejemplo, la preposición “por” se representa con el signo de la multiplicación, las “eses” sustituyen a las “equis”, las “jotas” a las “ges”, etcétera.

Como era de esperar, un personaje histórico que apasionó a nuestro amigo fue Lope de Aguirre. Como que generó uno de sus más importantes libros. En su *Falsa Crónica de un Marañón a ultranza no más falsa que las verdaderas*, Amézaga, que siente repugnancia por todo lo que trascienda a lugar común, busca una interpretación personal que se aparte del tópico tradicional: del loco, el cruel, el tirano, el asesino, etcétera. En su intervención durante la reunión que la Academia Errante celebró hace más de veinte años en Araoz, lejano barrio de Oñate situado en una garganta al pie de la Peña de Urrejola, y en el que nació el tremendo aventurero, la mayor admiración expresada por Amézaga se polarizó hacia la rebeldía lópica. Le llamó “ilustre rebelde” y “símbolo de rebeldía”, y disculpó sus crueldades. “Nos parece —le dice— que has dejado de ser cruel”. Y compara sus crueldades con las de los conquistadores de la época y con las atrocidades cometidas en este mismo siglo nuestro, en Katyn, Dajau y Buchemwald. Y claro: le absuelve de ese pecado que la Historia le atribuyó unánimemente. Y entre paréntesis, hay que reparar en que las ideas vertidas por Elías Amézaga durante aquella sobremesa de Araoz, en aquellos difíciles y comprometidos años, no eran las de un escritor cómodo y egoísta —de los de la torre de marfil de marrasino las de un escritor comprometido consigo mismo y con su pueblo...

* * *

A Elías Amézaga, como a mí, nos preocupa y nos duele la falta de afición a la lectura que se advierte actualmente en Euzkadi. Y ello, no, por lo que nos pueda afectar a ambos como escritores entregados al País y a sus temas y problemas —que en ese aspecto estamos, como suele decirse, de vuelta—, sino porque estamos convencidos de que un pueblo que se aparta de la lectura está inevitablemente condenado a ser tributario de culturas ajenas. Esto en principio, y por no tocar el aspecto del euskera, en el que la ausencia de lectores deja al idioma, auténtico eje de nuestra cultura, indefenso y en trance de muerte.

Quiero señalar aquí que cuando hablo de afición a la lectura, me refiero a esa que últimamente me ha dado por llamar (pienso que con alguna sutileza) “lectura inútil”. Y la llamo así para diferenciarla de la lectura práctica, didáctica o profesional y, por supuesto, de la de los llamados libros de texto. Pues se va generalizando cada vez más el caso del profesional destacado y

hasta brillante en una disciplina determinada, que manifiesta un extraño desconocimiento en todo aquello que queda al margen de su ámbito facultativo. Esto, para mí, es incultura enciclopédica.

Pero sucede, además, que esa lectura “inútil”, a la postre no lo es tanto. Cuando un acervo de lecturas dispersas han quedado lejanas; cuando —empleando un tropo marcadamente orteguiano— se han “digerido”, queda siempre un sedimento valioso, una especie de sensibilidad enriquecida que permite a sus beneficiarios apreciar mejor los valores contenidos en una sonata, en una pintura, en una escultura. Este es un aspecto importante de la cultura. Y que salta a la vista, además. Sin ir más lejos, entre los mismos políticos se advierte claramente quién es el hombre de lecturas y quién no lo es. El primero sabe utilizar, tanto en sus discursos como en sus artículos periodísticos, la imagen adecuada y la cita oportuna. El segundo tiende indefectiblemente al tópico y al lugar común. Es el que maneja constantemente esas insufribles muletillas del “somos conscientes”, de “los posicionamientos”, “las valoraciones positivas” y los “en tanto en cuanto”. El primero atrae, resulta ameno y original; el segundo cansa, aburre. Es un exponente fiel de aquello que Unamuno llamaba “desinterés estético”.

Por el camino que vamos, en nuestro país, positivista y dinámico, al hombre que pasa sus horas de ocio leyendo en lugar de reunirse con los amigos para discutir de fútbol o para tomar unos vinos, se le considerará muy pronto —si no se le considera ya— como un chalado; como un tipo excéntrico que pierde su tiempo enfrascado en lecturas que no sirven para nada. Y sin embargo...

Uno piensa que fueron hombres de éstos, es decir, de los aficionados a las “lecturas inútiles”, los que se reunían a fines del siglo XVIII con el conde de Peñafiorida en el palacio azcoitiano de Insausti. Y fue precisamente de aquellas tertulias en las que un día se charlaba de un tema equis, local, universal, divino o humano; que otro día se dedicaba a la música, y otro al teatro o a la poesía o a la danza, de donde nació la Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Y con ella, el más importante movimiento cultural que ha conocido Euzkadi a lo largo de su historia. Recordemos que fue la creadora del famoso Seminario de Bergara, en el que tuvieron lugar importantes logros científicos, como el descubrimiento del tungsteno en el análisis del wolfram, y el de la obtención del platino maleable por purificación de la plata, a cargo de Elhuyar y Chavaneau, respectivamente. Pero claro: Previamente, aquellos bien llamados Amigos del País se habían preocupado de contratar en París a los más prestigiosos profesores europeos, como el mencionado Chavaneau, que se haría cargo de la cátedra de Física experimental, y Proust, que se encargaría de la de Química. Y habían becado a Fausto, Elhuyar para ampliar sus estudios. De haber pertenecido a nuestra época, es seguro que aquellos personajes que se reunían hace dos siglos en el palacio de Inchausti no se hubieran dedicado a fichar en Europa o en Sudamérica una caterva de futbolistas pagados a precio de oro, tal como se estilo hoy en España, sino que hubieran procurado importar profesores y técnicos cuyos conocimientos contribuyeran al progreso del País. Y volverían a intentar

renacer en Euskalerría esa mística noble y aventurera de la investigación, ya dormida entre nosotros.

Pero, a lo que vamos: aquellos prohombres vascos fueron, antes que nada, hombres de cultura, amantes de las Artes y de las Letras. Lo que no impidió —antes bien, *favoreció*— que fueran los protagonistas del único impulso serio y eficaz en favor de la ciencia y de la investigación, que ha conocido nuestro pueblo.

* * *

Elías Amézaga ha emprendido últimamente —digo últimamente, aunque lleva ya trabajando en ella diez largos años— una obra realmente gigantesca. Una obra que a mí me produce vértigo: la de dar a conocer en su país a todos los escritores vascos que han escrito en castellano. Nada menos. *Desde el principio* hasta nuestros días. Como se comprenderá, el empeño es formidable. Baste decir que nuestro amigo tiene registrados cerca de diez mil autores y alrededor de noventa mil anotaciones. Pero es que además sucede que Amézaga no se ha limitado a elaborar una relación más o menos minuciosa de sus colegas vascos de ayer y de hoy, y de sus obras, sino que nos ofrece asimismo, dentro de su “Índice referencial”, sus respectivas bibliografías, aportando en ocasiones incluso algunas microbiografías.

Autores Vascos, este volumen con el que se inicia la publicación de la tremenda labor escudriñadora de Amézaga, lleva un sugestivo prólogo de Jon Bilbao, a través del cual nos informamos de algunos hitos personales y literarios del autor, al par que se nos muestra un interesante estudio de la obra preludiada.

Yo añadiría, por mi cuenta, que el enorme trabajo de Elías Amézaga —que, según indica Jon Bilbao, llegará a alcanzar la decena de volúmenes— constituirá el día de mañana un libro de consulta de valor inapreciable.

Mí enhorabuena, pues, a Elías Amézaga, y mi sincera voz de aliento en este empeño que, por su interés para los futuros estudiosos de nuestra historia literaria (y al margen de su producción, digamos de creación), puede llegar a convertirse en obra cimera...

Miguel Pelay Orozco